



SORPRESA DE CARNIVAL

POR

MARIA MOLINA PEREJANO



Ya cerca de Madrid, Gabriel se preguntó desanimado, qué es lo que iba a hacer allí. A despertar recuerdos y a sufrir con ellos. Si al menos dispusiese la Providencia que llegase a encontrarse con su hermana! Pero no, no daría con ella por desgracia. Si pudiese verla!... Pero, ¿para qué! Se conocía y sabía de sobras que con su carácter violento, se exponía a matarla; matarla sí, y aún eso era poco. Ella, nada más que ella, era la culpable de la muerte de sus padres, que al verse a la vejez sin honor, sin el honor que supieron tantos años guardar, no pudieron resistir el golpe y uno tras otro ripidieron sus vidas a la Parca cruel. Y ella, la hija infame, lejos de enmendarse, aún se entregó más, después de la muerte de sus padres, a aquella vida de crápula. ¡Maldita! Todo castigo era poco.

Abismado en sus tristes pensamientos, no se daba Gabriel cuenta de que el tren iba acortando la marcha. Un fuerte silbido le trajo al mundo de la realidad. Habían llegado. Al apearse del tren, al sentir bajo sus plantas la tierra de sus amores, de aquel Madrid de sus ensueños que tanto tiempo hacía no pisaba, se sintió hondamente emocionado.

—Sus maletas, señor—oyó que decían a su lado.

Era un chicuelo, un pillete, aspirante a poseedor de unas cuantas monedas de cobre, mediante la traslación de aquellos bultos al coche que "aquel señor" le indicara.

Ya en el vehículo, púsose Gabriel a pensar qué órdenes iba a darle al auriga. ¿A donde ir? Y tras breves momentos de reflexión:

—Al Palace Hotel—ordenó al fin.

Y allí quedó instalado.

Como era hombre de mucha simpatía y agradableísimo trato, pronto contrajo amistades y, entre ellas, una verdadera y profunda; la de un joven abogado con el que intimó tanto, que apenas si se separaba de él. Asistía inclusive a las vistas de la audiencia en las que intervenía el

simpático letrado, y era su mayor placer oír las brillantes defensas que él hacía de sus clientes. Le encantaba el arte aquél suyo en hacer ver a los circuntantes lo que quería, por lo cual no se hubiera podido contar de un delincuente defendido por él que no hubiese resultado absuelto. Gabriel llegó a profesarle verdadero afecto, que fué correspondido con creces por su amigo. Este tenía un carácter tan alegre y franco, que se captaba en seguida las simpatías de cuantos le trataban.

Un día, entró como una tromba en el cuarto de Gabriel.

—Oye, tú; hay que pensar en algo más que en comer y dormir. El Carnaval se acerca, y hay que ver el modo de sacarle el mejor partido posible. Supongo que no habrás venido a Madrid a rezar el rosario encerrado en un cuarto del hotel. Te veo muy desanimado.

—¡Bah! Carnaval... tonterías; una ridiculez más del mundo!

—Adiós, tú! ¿Sabes que casi entran ganas de ponerte en la mano un revólver? Vaya un tío escéptico! ¿Qué sería del mundo sin esos tres días de locura al año? Con ellos vivimos, medio, pensando en lo que en esos días nos hemos divertido, y otro medio pensando en lo que nos divertiremos en el próximo. Y ahí es nada: tres días de esparcimiento y olvido; tres días en que se pueden cantar las verdades del barquero al lucero del alba; en que pueden los pobres hablar a los ricos de igual a igual, empleando hasta el tuteo; en que se pueden besar a cien mujeres impunemente, porque las hay que lo permiten mientras llevan puesto el antifás, como si en éste solamente quedase la mancha. En fin, chico, delicioso!

Logró con su charla convencer al amigo, y en efecto, la segunda noche de Carnaval, asistieron a un baile de máscaras, envueltos en sendos dominós negros y cubiertos los rostros con antifaces.

El salón estaba animadísimo, y ofrecía un aspecto fantástico. Los dos amigos fueron al entrar rodeados por un sin fin de lindas mascaritas, que trataban de reconocerlos por los ojos, a través de los antifaces. Dos de ellas, más atrevidas que las demás, se cogieron del brazo de cada uno de ellos. Empezó a poco el baile; después del primero, se encontraron los amigos separados. Gabriel, perdió también su pareja, a la que vio internarse en el confuso mar humano. Ya solo, se asió del brazo de la primera máscara que pasó por su lado. Mucho rato haría que se encontrara separado del abogado, cuando oyó la voz de éste tras él que le decía:

—¡Por fin! ¡Pardíez! ¡Vaya una nochecita! ¡Qué confusión! ¡qué locura! ¡Toma! ¿Quieres que cambiemos de parejita? Te divertirás con ella; ¡qué mujer! Puro merengue!

—¡Atrevido!—dijo la máscara en voz de falsete.—Tú sí que eres empalagoso! y un canallita; no quiero ni por un momento más estar a tu lado.

—No, hija, no; haces bien; vete con éste; pocas ganas tenía yo de soltarte!—Y se reía como un bendito.

—Mal educado! Groserote!

Y así insultando, se cogió del brazo de Gabriel a quien había dejado ya su pareja, yéndose con su amigo.

—¿Quieres bailar?—le preguntó él a la máscara que iba de mora. Pero ¡qué mora!, otra

igual no la conociera ni el propio sultán de Marruecos.

—Prefiero mejor tomar algo; tengo una sed que me abrasa.

Fueron a sentarse a una de las mesitas, situada en un ángulo del salón.

—Champagne!—pidió Gabriel a uno de los camareros.

A la cuarta copa, enardecido ya, púsose a hablar acaloradamente con la mascarita.

—¡Anda! quitate el antifaz. Quiero conocerte. Debes de ser hermosísima.

—¿Por qué lo supones?

—Porque esos ojos no pueden estar más que en una cara divina; qué mirada! abrasa. Y ¡qué brillo tienen! Haz lo que te pido: descúbrete!

—Bah! Para qué! Te llevarías un desengaño. No soy bonita; por eso aprovecho esta ocasión de todos los años; es la única época en que conquistó algún corazón, aunque sólo sea anónimamente y por breves horas. Jamás me quito el antifaz. ¿No sabes que el Carnaval es el reinado de las feas?

—No te creo; todas decís lo mismo; te creeré cuando lo vea por mis propios ojos; cuando te quites la careta; anda, compláceme! Mira que te lo arranco yo si no!

—Pero, ¡qué tontísimo eres! Si me crees bonita, ¿a qué empeñarte en destruir tu ilusión?

—De modo que te niegas?

—Rotundamente. Y tú, vamos a ver, ¿por qué no te quitas el tuyo?

—Por igual motivo que tú; quiero que creas también que has conquistado un Apolo, en lugar de un Picio. Pero, en fin, si con ello consiguiera que me mostrases tu rostró, me lo quitaría gustoso.

—Más tarde, quizá. Prolonguemos ahora la ilusión.

—¿No quieres bailar?

—¿Yo? No. Estoy mareada. Ya todo me parece que dá vueltas.

También a Gabriel le parecía que todo giraba en derredor suyo. Pero, no obstante, seguían bebiendo.

—Y tu nombre, ¿tampoco quieres decírmelo?

—¡Hombre, no! Tampoco; mi nombre es muy conocido.

—Pero no para mí, que soy forastero.

—Bueno, lo diré a media noche, cuando nos descubramos los rostros. Haremos la mutua presentación. Verás.

—Y cuando el Carnaval acabe, ¿no nos veremos más?



—No, ya no.

—¿No crees que constituirá para nosotros una necesidad el vernos?

—No lo creo.

—Pues yo en cambio, creo que ya no voy a poder vivir sin estar a tu lado.

—¡Jesús! ¿A que me va a hacer creer que se ha enamorado de mí, sin verme?

—Y aseguraría que como un loco—agregó él cogiéndole las manos.

—Calla; no te creo, no te creo.

—Pues haces mal, mascarita. No sé lo que tienen tus ojos que fascinan y enloquecen. Dime la verdad: dime si eres libre y si puedo aspirar a tu amor; dímelo.

—Ha llegado la hora de conocernos.

Ambos se miraron, y al verse, se apartaron uno de otro con horror. Ella corrió a confundirse con las demás máscaras. El huyó despavorido, sin despedirse de su compañero siquiera. La mujer a quien acababa de besar, era su hermana.

Hundido en el coche que le conducía al hotel, ya algo despejado con el aire puro de la calle, se abandonó a sus reflexiones: ¡Qué ironías tenía el destino!... Hacerle encontrar a su aborrecida hermana,—a la que ansiaba ver para castigarla,—en las circunstancias aquellas, y darla por todo castigo... un beso.

Un beso de pasión, ¡qué horror! No era, des-



—Sin duda es el "champagne" el que te hace decir tales desatinos. No te dejes dominar por la ilusión. Soy fea; luego te arrepentirás de haber pedido mi amor.

—No, no; es imposible; tú no eres fea; todo lo contrario, eres arrebatadora.

Y sin poderse contener, enloquecido en parte por el alcohol ingerido, en parte por el fuego que despedían aquellos magníficos ojos negros, le levantó el antifaz y la besó en los labios.

La joven o la que él suponía que lo era, profirió un grito más bien de sorpresa que de indignación; luego, lanzó al aire una argentina carcajada. Gabriel la tenía aún cogida por las manos. De pronto la soltó, y arrancándole el antifaz a tiempo que con la otra mano se quitaba el suyo, dijo en voz ya natural:

pués de todo, menudo castigo. ¿Qué mayor que el de haber recibido de su propio hermano el beso aquél, que le quemaría los labios, la conciencia, durante el resto de su vida? No volvió a verla en parte alguna. Ni volvió nunca a ningún baile de máscaras; y no por que temiera que se repitiese el caso, que ello sería de lo más difícil, sino porque ya en lo sucesivo habría de parecerle al besar los labios de las mascaritas fáciles que besaba en cada uno de ellos, los pecaminosos de su hermana Marta, la mujer abominable, que por seguir la vida a que sus ma, los instintos le guiaban, había cavado las fosas de sus venerables padres, dejándole a el de pronto huérfano de ellos, y de aquellos santos e insustituibles amores...